

Santísima Trinidad (A)

31 de mayo 2026



Santísima Trinidad, ícono, Andrei Rublev, 1425, Galería Treitakov, Moscú

“Dios amó tanto al mundo, que envió a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna.

Porque Dios no envió a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”. Jn 3,16-17

En estos días después del tiempo pascual, la liturgia no nos ofrece celebrar únicamente un “acontecimiento”, sino celebrar el infinito misterio del ser de Dios.

Dios nos revela con su Palabra su naturaleza de Amor. Dios es bondad y misericordia desde toda la eternidad.

“El Señor pasó delante de Moisés y exclamó: “El Señor es un Dios compasivo y bondadoso, lento para enojarse, y pródigo en amor y fidelidad” (Ex 13,6), nos revela hoy el libro del Éxodo.

Vemos que, desde el principio, el Señor se revela como un Dios compasivo, bondadoso, fiel. Padre, Hijo y Espíritu Santo viven el amor al Otro, ninguno está preocupado por afirmarse a sí mismo sino al Otro, sin mirarse a sí mismos sino al Otro. Engendrando Vida. Dándonos vida a todos.

Procuremos contemplar en la Trinidad esta circulación de amor entre el Padre y el Hijo, en el Espíritu Santo. Y comprendamos cuantas divisiones y rencores entre nosotros, en nuestro mundo, nacen porque cada uno está preocupado por afirmarse a sí mismo, queriendo tener siempre razón... Entonces, no engendramos vida...

Dios no es un ser impasible, lejano, encerrado en su propia perfección. Dios es relación eterna, relación de Amor.

Así es Dios. “Dios amó tanto al mundo, que envió a su Hijo único” (Jn 3,16).

Y esta es nuestra propia naturaleza, creados a su imagen. Únicamente reencontrándola, seremos felices. Pasando del “mío”, egocéntrico, al “nosotros” de amor y comunión. Que es plenitud de nuestro ser, de todo ser.

Únicamente en esta relación de amor, encontraremos la alegría. En la libertad, en la que devenimos nosotros mismos, seres de amor, a imagen de Dios Trinidad. En la libertad, dando amor y más todavía, dándonos como Jesucristo, como la Trinidad, amando.

Entonces, como San Pablo podemos decir y desear a quienes tenemos cerca... y a los que están lejos:

“Hermanos, alégrense, trabajen para alcanzar la perfección, anímense unos a otros, vivan en armonía y en paz. Y entonces, el Dios del amor y de la paz permanecerá con ustedes... La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo permanezcan con todos ustedes”. (2 Cor 13,11-13)

Es el sueño de Dios. Y ya se está realizando...

Juan de la Cruz, con hermosas palabras, expresó en su “Romances del Evangelio”, el misterio de amor de la Trinidad, realidad y signo del misterio de amor entre nosotros...

“En el principio moraba el Verbo, y en Dios vivía,
en quien su felicidad infinita poseía.

El mismo Verbo Dios era, que el principio se decía:
él moraba en el principio; por eso de él carecía;
el Verbo se llama Hijo, que del principio nacía.

Hale siempre concebido, y siempre le concebía.
Dale siempre su sustancia, y siempre se la tenía.
Y así, la gloria del Hijo es la que en el Padre había,
y toda su gloria el Padre en el Hijo poseía.

Como amado en el amante uno en otro residía
y aqeste amor que los une en lo mismo convenía
con el uno y con el otro en igualdad y valía.

Tres personas y un amado, entre todos tres había;
y un amor en todas ellas, y un amante las hacía,
y el amante es el amado en que cada cual vivía
que el ser que los tres poseen, cada cual le poseía...”

San Juan de la Cruz, Romances del Evangelio, 1-45

Dra. Cristina Muñoz